

LA FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD OBRERA BAJO EL FRANQUISMO

MATERIALES PARA UNA APROXIMACIÓN^{1[1]}

Xavier Domènech Sampere

1- Introducción:

En este texto abordaremos diversos temas al entorno de lo que vendremos a denominar identidad obrera: los elementos que explican su formación bajo el franquismo en un ámbito concreto, Cataluña, serán su hilo conductor. En este sentido no conforman una explicación acabada, imposible por otro lado dado el estado actual de acumulación historiográfica sobre este aspecto de nuestra contemporaneidad, sino un conjunto de materiales fragmentarios e interpretaciones que ponen en duda las explicaciones más usuales sobre la inexistencia de este tipo de identidades bajo el franquismo^{2[2]}. No nos proponemos tampoco establecer aquí su peso real en el éter de relaciones sociales que se desarrollaron bajo el franquismo, sino sólo mostrar su existencia y, con ella, vislumbrar la diversidad de caminos que puede tomar una investigación que ha concluido, a nuestro parecer demasiado rápidamente, que había una sola dirección en sus interpretaciones.

Pero, previamente, se impone una pequeña reflexión sobre que entendemos por identidad obrera, ya que es un término lo suficientemente laxo como para inducir a equívocos que desborden el planteamiento que nos proponemos aquí. De hecho, en este texto se abordará una definición acotada y activa de identidad obrera. Según ésta, no entenderemos la identidad obrera en la Cataluña contemporánea como el conjunto de elementos que

^{1[1]} El origen de esta comunicación se encuentra en un material más extenso que tuve que preparar para los alumnos del curso “Patrimoni etnològic, cultura popular i memòria: nous materials per a l’acció local” organizado por Interacció 2002 para la Diputación de Barcelona.

^{2[2]} La interpretación más acabada y madura en este sentido, que relaciona la erosión de una identidad obrera diferenciada del resto de la sociedad bajo el franquismo con la incorporación de los trabajadores a la cultura democrática, la debemos a Santos Juliá tanto en su texto clásico sobre este tema, como en sus últimas formulaciones. Ver: Santos JULIÁ, “Obreros y sacerdotes: cultura democrática y movimientos sociales de oposición”, en Javier TUSELL, *La oposición al régimen de Franco*. Madrid, UNED, 1990; también, José-Carlos MAINER y Santos JULIÁ, *El aprendizaje de la libertad, 1973 – 1986*. Madrid, Alianza, 2000.

conforman la identidad o las identidades de las personas adscritas a una clase social, en este caso la clase obrera, sino como el conjunto de tradiciones, creencias y representaciones que conforman a la clase como clase. Es decir, entenderemos por identidad obrera sólo aquellos fenómenos culturales que definen la representación de los miembros de una clase determinada como clase social dentro de las representaciones colectivas de la sociedad. Eso no significa que neguemos, o menospreciemos, la amplitud y variedad de las formas de expresión de las diversas identidades que una clase dada contiene. De hecho, entendemos que la identidad obrera, tal como la hemos definido, se mueve siempre en un amplio campo de identidades diversas y contradictorias, en medio de las cuales se expresa ya sea como identidad exclusiva, bien en ósmosis con otras formas de identidad o en abierta hostilidad en relación a ellas. Así podemos encontrar formas exclusivas de identidad obrera en determinadas militancias políticas, calendarios sociales, tradiciones o acciones simbólicas en el conflicto obrero; formas de identidad obrera en osmosis con otras identidades más amplias que, como la católica, son releídas en términos claramente de clase; y formas de identidad nacional hostiles a la identidad obrera, como la nacionalcatólica, que podemos encontrar sin embargo en los mismos miembros de las clases trabajadoras.

2- Elementos para el estudio de las identidades obreras:

Teniendo en cuenta los condicionantes marco que interactúan, como posibilidad, como deformación y como presión, en los mecanismos de la formación de la identidad obrera (inabordables aquí por la extensión dada), se trata también de abordar aquellos elementos que, desde una perspectiva endógena a la propia clase, explican la formación de su identidad política, social y cultural como clase. En esta aproximación distinguiremos los materiales recibidos por la tradición de los materiales elaborados por la experiencia de esta nueva clase, desde la conciencia que la identidad de clase forma parte de un acervo cultural transmitido, o interrumpido, que cada generación relee, reelabora y transforma a partir de su propia experiencia y que, por tanto, en la explicación global estos dos espacios de la identidad de clase forman un todo dialéctico.

2.1. La tradición transmitida:

La formación de una nueva clase obrera bajo la España franquista es un fenómeno observable no sólo en el terreno cuantitativo, significó el cambio en las percepciones de toda una generación de nuevos trabajadores enfrentados a experiencias radicalmente nuevas que era necesario metabolizar en una nueva categorización de la realidad. Un caso especialmente significativo de lo que estamos hablando se puede vislumbrar en la transformación de algo tan “naturalizado” en la experiencia vital como la percepción del tiempo, lo que nos da una significativa medida del nivel de ruptura del que estamos hablando. Así cuando un trabajador que provenía del ámbito rural se enfrentaba por primera vez a la experiencia de la fábrica uno de los primeros choques con los que se encontraba se refería al:

“...legionario phuc (...). Este trasto está para recordar que, a partir del manotazo -¡clinc, clin!-, el tiempo no le pertenece a cada cual. Es como si cada persona estuviera extrañada de sí misma durante el paso de determinadas horas de cada día; importa muy poco que se tenga reloj de pulsera, pues la noria de sus agujas no es de tu propiedad, y el tiempo, que realmente existe es el de phuc, un auténtico alcahuete del dueño de la fábrica.”^{3[3]}

Esta experiencia es plenamente equiparable a la que vivieron los primeros miembros de la clase obrera a caballo entre el siglo XVIII y el XIX, que de la misma forma entendían que en el paso a la fábrica el tiempo dejaba de ser suyo y pasaba a formar parte de la disciplina fabril de los patronos:

“Allí trabajábamos mientras pudiéramos ver en el verano, y no sé decir a qué hora parábamos. Nadie sino el patrón y su hijo tenía reloj, y no sabíamos la hora. Había un hombre que tenía reloj... Se lo quitaron y lo pusieron bajo custodia del patrón.”^{4[4]}

^{3[3]} José L. LÓPEZ BULLA, *Cuando hice las maletas*. Barcelona, Ediciones Península, pp. 49 – 50.

^{4[4]} E. P. THOMPSON, “Tiempo, disciplina y capitalismo”, pág. 278, en E.P., THOMPSON, *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona, Crítica, 1979, pp. 239 – 293.

Pero esta realidad no nos puede llevar a observar este fenómeno, como se ha tendido a realizar a menudo, como el proceso de formación de una nueva clase obrera en el vacío. A pesar de las similitudes que presenta con procesos históricos de formación de clases obreras que elaboran su propia experiencia sin pautas de referencia anteriores, la realidad del caso español no es ésta. De hecho, cuando nos enfrentamos al problema de la formación de la clase obrera en la España de la segunda mitad del siglo XX, se impone una doble pregunta de partida que necesariamente se debe responder para poder afrontar el análisis de las nuevas identidades obreras: ¿Qué hay de vino viejo en copas nuevas en las identidades obreras? Y ¿Cómo fueron releídas y readaptadas estas tradiciones en un nuevo marco de experiencias obreras?

Usualmente, el lugar común de que en España se formó una nueva clase obrera por aluvión migratorio que no había vivido la experiencia de la guerra civil, y que mostraba un notable desdén hacia su propio pasado, ha servido para exorcizar este tipo de preguntas. Si era una clase obrera nueva, no hacía falta analizar su tradición, ya que la tradición era antitética a su novedad. Pero cuando nos acercamos a la realidad de la formación de esta nueva clase, nos encontramos con una relación entre continuidades y rupturas mucho más compleja de lo que la afirmación inicial nos podía llevar a pensar. Los trabajadores de los años cincuenta y sesenta no eran seres aparecidos de la nada, contaban con un pasado en su lugar de origen que sí que parecía inquietarles de alguna manera. Evidentemente este pasado no era un pasado de clase, o al menos no era un pasado de clase en los términos de clase obrera industrial a los que nos estamos refiriendo aquí, pero era un pasado vital que conformaba en parte sus percepciones sociales, políticas y culturales que obligadamente se tienen que rastrear para entender la formación de las nuevas identidades. A su vez, estos nuevos trabajadores se socializaron como tales en las fábricas donde se encontraban trabajadores de otras generaciones y de los cuales recibieron pautas de comportamiento y valores, propios de la tradición de la clase obrera industrial anterior a la Guerra Civil.

Un ejemplo de todo esto, para el caso de las experiencias vitales de origen, es comprobar cuán determinante fue el recuerdo de la posguerra en la conformación de una visión del mundo para muchos de los nuevos miembros, de procedencia rural, de esta clase obrera. Si

bien es verdad que esta nueva generación de trabajadores no había vivido la guerra civil, ni se habían socializado en el mundo de la República, tampoco es menos cierto que el recuerdo de la posguerra había moldeado su identidad en relación a la ubicación en su entorno. Primero por la experiencia de represión en el ámbito familiar, que si bien no actuó directamente sobre las nuevas generaciones, moldeó la percepción hacia régimen más allá de cualquier consideración política. Así la imagen transmitida por la familia de parte de estos nuevos obreros:

¡Era una imagen antifranquista totalmente!. De que... de que hicieron muchas y muy gordas. Y, bueno, y decirte un poco pues las historias de ellos, de sus familias y cosas así, ¿no?. O sea, el hecho de que a mi abuela entraban y cada vez que iban, entraban los “nacionales” allí, la tienda se la vaciaban toda y tenían que volver a reponer... ¡eh!. Cosas de ese tipo. O sea, que... y bueno, y a mi madre pues lo que le pasó, que la cogieron, la pelaron, la hacían beber aceite de recino, pasear por allí por el pueblo, patadas y cosas de ese tipo y... ¡Cosas de esas!. Y una de la vez que la habían... que la habían cogido así era por haber bordado la... el eso de la bandera republicana, ¿no?. Hubieron unas cuantas pues que hicieron una bandera muy bonita, la bordaron y tal. Y cuando entraron los “nacionales” y supieron quienes eran pues las detenían y... y eso. Y las que más suerte tuvieron pues les hacían eso, otras desaparecían, ¿no?.^{5[5]}

Imagen que se va reproduciendo en los diferentes testimonios, a menudo mediada por la experiencia de represión vivida, en primera persona, dentro del ámbito familiar:

“mi padre cuando vino del campo de concentración, llegó a casa, eso sí que me lo recuerdo, llegó a casa y estuvo un rato allí, estuvimos comiendo y tal, tal, pero inmediatamente (...), y llegó un guardia civil y le dice, lo llamó: ¡hola!, lo saludó, y le dice: ¡venga, que le tenemos que hacer unas preguntas!, le dijo, que tenían que hacer unas

^{5[5]} Archivo Histórico de Comisiones Obreras de Cataluña (en adelante AHCCOOC), Entrevista a Joaquín Zamoro.

preguntas, nada, estuvo, estuvieron cuatro minutos, y ya está, ya no volvió hasta los cuatro años.”^{6[6]}

Es más la percepción de un régimen opresivo, dentro del cual uno se encontraba en el bando perdedor, a pesar de no haber vivido las experiencias de la República y la guerra, se encontraba acotada claramente a los momentos iniciales de la formación del régimen franquista y no a las etapas anteriores o a la propia guerra. Así el padre de uno de los testimonios:

“nunca me hablaba mal de la República, al contrario y después cuando me hablaba de penurias y de, de fatigas ha sido justamente después de la guerra cuando empiezan los años de las hambrunas y cosas por el estilo, un poco lo que recuerdo más o menos.”^{7[7]}

De hecho como se sustrae de este testimonio la percepción no se circunscribe a una valoración política. La percepción del nuevo régimen, contrapuesto al período anterior, es interiorizada como una situación global, un sistema de vida sin salida, dónde lo político y lo cotidiano forman un todo integral sintetizado en la represión y el hambre: *“No deseo a nadie pasar lo que yo pasé, después de la guerra, exactamente, en la guerra no lo pasé (...)*”^{8[8]}.

En este contexto, no es extraño que las pocas aproximaciones cualitativas a casos hayan llevado a ver las primeras migraciones bajo el franquismo, como migraciones no meramente económicas^{9[9]}. El franquismo, en su intento de crear una comunidad nacional

^{6[6]} ARCHIVO HISTÓRICO DE COMISIONES OBRERAS DE CATALUNYA, “Entrevista a Antonio González Merino”, Sabadell, 2000. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC.

^{7[7]} AHCCOOC, “Entrevista a Manuel Navas Escribano”, Barcelona, 2000. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC.

^{8[8]} AHCCOOC, “Entrevista a Ángel Rozas Serrano”, Barcelona, 1996. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC.

^{9[9]} Angelina PUIG, *De Pedro Martínez a Sabadell: l'emigració una realitat no exclusivament econòmica. 1920 – 1975*. tesis doctoral, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1990.

nueva, estigmatizó en el proceso a toda una generación y con ella a sus vástagos^{10[10]}, en las comunidades campesinas que no se habían mostrado de buen principio afectas a su proyecto. Huyendo de una realidad sociopolítica sin presente y futuro, las primeras migraciones en los principales centros industriales de Cataluña estarán conformadas por una cantidad apreciable de personas con una identidad cultural y política muy definida. Andando el tiempo estos primeros emigrantes conformaran el primer eslabón de las redes migratorias, lo cual les dará un puesto privilegiado en la articulación del imaginario colectivo de los nuevos suburbios obreros. De la misma manera se pueden observar actitudes sociopolíticas distintas según el lugar de origen de los nuevos miembros de la clase obrera. Así parece haber una relación directa entre lugares con una larga tradición de izquierdas, que vivieron a su vez una intensa represión, y las actitudes socioculturales posteriores de los miembros de estas comunidades en las nuevas realidades industriales^{11[11]}. En este sentido la tradición anterior y las experiencias vitales en los lugares de origen parecen determinantes para entender las actitudes y identidades obreras posteriores.

A menudo, cuando se habla de la formación de una nueva clase obrera, no se tiene en cuenta que ésta no se forma a partir de un agregado de seres anónimos sin pasado, sino que es necesario entender el paso de una cultura popular campesina a una cultura popular urbana y ver en cada caso cómo se encarnan y se transforman las antiguas tradiciones y percepciones. La exploración de estas experiencias vitales y tradiciones, que demanda un cuidadoso acercamiento a los lugares de procedencia y una reconstrucción de esta parte de la experiencia a partir de fuentes orales, no puede ser desestimada a partir de la idea de una clase enteramente nueva y sólo su estudio nos aproximará a la respuesta de qué hay de viejo en lo nuevo en las identidades obreras que se desarrollaron bajo el franquismo.

^{10[10]} Estigmatización de padres e hijos que se hizo mucho más conscientemente de lo que nos puede parecer. En este sentido, ver: Ricar VINYES, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*. Madrid, Temas de Hoy, 2002.

^{11[11]} Tal es el caso de los inmigrantes de Guadahortuna en Sabadell. Ver: Xavier DOMÈNECH, *Quan el carrer va deixar ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell (1966-1976)*. Barcelona, Abadia de Montserrat, 2002, pp. 52 – 56.

Pero la transmisión de la tradición o tradiciones de clase, en un medio tan poco propicio como era el franquismo, no se circunscribe, como hemos dicho anteriormente, al ámbito familiar o a las experiencias de origen de los nuevos trabajadores. Tendrá su espacio privilegiado en el sitio de encuentro de los nuevos obreros con los miembros más viejos de la clase, la fábrica. Algunos de estos últimos se hacen notar enseguida:

“Entro allí y hay dos o tres mujeres, éramos casi todas muy jovencitas, y hay dos o tres mujeres un poco más grandes que son más receptivas a hablar de las condiciones en las que trabajamos, y que yo veo que plantan cara a algún encargado de cuando en cuando, y esto me gusta, claro. Entonces buscas la relación con esta gente. Tenían un pasado y no se avergonzaban de él. Es decir, eran mujeres que habían vivido otra situación y que yo creo que tenían una consciencia muy clara de la clase a la que pertenecían y del trabajo que estaban haciendo, y que no se dejaban manejar.”^{12[12]}

Esto no nos debería sorprender, tampoco la formación de la nueva clase obrera se hizo en el vacío respecto, ya no a las propias tradiciones de sus miembros, sino a la propia clase obrera que la precedía en el tiempo. Ésta había sufrido uno de los procesos de expolio político, social y cultural más intensos del siglo XX, pero a pesar de ello estaba conformada por gentes que habían vivido también una de las experiencias más ricas y diversas en la historia del movimiento obrero del siglo. A pesar de la depuración, represión y exilio, habían sido capaces de parar las maquinas para celebrar el fin de la Segunda Guerra Mundial^{13[13]}, de protagonizar la conflictividad del periodo 1945 – 1947 y de plantear una huelga general que paralizó la ciudad de Barcelona en 1951. Incluso en los duros años cuarenta la principal organización de clase del período anterior, la CNT, consiguió agrupar a 20.000 cotizantes^{14[14]}, lo que nos indica la capacidad de supervivencia de las viejas tradiciones dentro de la clase obrera a pesar del medio hostil.

^{12[12]} AHCCOOC, “Entrevista Teresa Buigues Poveda”, Granollers, 1999. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC. Traducido del catalán.

^{13[13]} Sebastián BALFOUR, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1989, pág. 27.

^{14[14]} Carme MOLINERO Y Pere YSÀS, *L'oposició antifeixista a Catalunya (1939-1950)*. Barcelona, La Magrana, p. 100.

Ahora bien el mantenimiento de una cultura política interiorizada en los miembros que formaban parte de la misma, no significó su perpetuación en el tiempo. Parece que fue general en los contactos entre miembros de la vieja y la nueva clase obrera y en la transmisión de saberes que conllevaron (cómo comportarse ante un conflicto, los códigos de conducta de clase, etc.) una actitud que distinguía los saberes prácticos de las ideologías políticas y las organizaciones que los sustentaban. Si lo primero fue parte del legado, lo segundo se consideró periclitado como experiencia histórica, lo cual ha llevado a cierta confusión dentro de la historiografía.

Para el caso de los saberes prácticos, la transmisión de los códigos de conducta podía llegar a revestir una forma conflictiva, que rápidamente era interiorizada:

“Y entonces pues claro, entonces eran enlaces sindicales, pero este hombre venía, provenía de la CNT, de la guerra (...) Aprendí bastante de él (..) Y hicieron planteamientos por mediación del enlace sindical este compañero, un buen compañero, estaba, llevaba la cuestión de embalaje. (...). Y entonces fue cuando acordaron de no hacer horas extras. Y yo se lo planteé a mi madre, yo me, me estaba contento como si fuera la primera vivencia mía, y cuando me dijo mi madre, tanto me amenazó, tanto... “¡No, hijo no, y tu padre, que ya ves tú!”. Pues luego me puso, pues yo me quedé a hacer horas. Nos quedemos pocos, los encargados y cuatro o cinco como yo. (...), era mi primera vivencia de trabajador. Yo había estado en otro campo, en fin, en el pueblo, lo que expliqué al principio, yo de trabajador tenía poco, pocas experiencias, ¿no?. Pero veía algo, que faltaba algo, y era una soledad, se iban los trabajadores, me miraban con diferencias, en principio, y claro luego como un esquirol (...). Y que yo eso los fastidiaba a ellos, y me miraban, y a parte era charnego, peor todavía. Y claro, aquello, me marcó mucho, porque cuando ya terminó, duró no llegó a un mes, dos o tres semanas, por el tajo que había la empresa cedió. Pero qué pasa, que a todos los que habían hecho le aumentaron y a mí me dejaron en el mismo sitio. Aquello fue un golpe tan fuerte, que yo recibí que hasta me enfrenté con mi madre y todo (...) le dije que no era justo. Y que yo me iba a ir al pueblo y que me iba a ir a los trenes porque yo me veía avergonzado, yo no me atrevía a ir a la empresa (..). Y a partir de aquella fecha, yo le dije a mi madre: “Yo ya no voy a hacer más caso de ti ni de nadie”.

(...) a raíz de aquello, pues yo empecé a despertar y me di cuenta, de que eso no era la línea de un trabajador, empecé a comprender en aquella época. (...)^{15[15]}

Pero, como hemos afirmado anteriormente esto no significó que la transmisión no se hiciera en un contexto completamente nuevo. Así, la transmisión de culturas políticas siempre estaba mediada por una orientación hacia aquellas organizaciones que se habían adaptado al nuevo período, aunque estuvieran en abierta contradicción con las militancias anteriores^{16[16]}. En casos en los cuales un joven trabajador pedía orientación, después de un tiempo más o menos prolongado de charlas con el viejo militante, no era inusual que:

“al final el hombre me dijo, dice “bueno, mira, yo no he sido nunca comunista, yo he sido anarquista, -dice- si quieres yo tengo amigos y yo te los puedo presentar y tu hablas con ellos (...) yo conocía un chico que formamos comuna dentro de la cárcel juntos. (...) en una comuna este chico y, y bueno y era un chico muy majo, era un chico joven, un chico muy majo, tenía... y ese sí era comunista, ese sí” (...) él me lo presentó y claro, él le dijo, “mira, -dijo- este compañero que ahora trabajamos juntos –dice-, pues él tiene las mismas ideas que tú, entonces claro él me pide consejo y yo creo que lo mejor es que, es que tenga una relación de amistad contigo, y tu lo pongas al corriente, porque claro tú sabes que yo soy anarquista, yo no soy comunista y tal”. Y así fue como yo entré en contacto con los comunistas.”^{17[17]}

2.2. La experiencia y identidad:

Como hemos observado en el apartado anterior, la experiencia de fábrica es esencial para entender la formación de las nuevas identidades obreras bajo el franquismo. Es esta experiencia la que pone en contradicción las viejas percepciones y concepciones, des de la

^{15[15]} AHCCOOC, “Entrevista a Juan Navarro García”, Barcelona, 1998. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC.

^{16[16]} Así era usual, como reconocen los mismos informes organizativos y se puede observar en las fuentes orales, que obreros de procedencia anarquista orientasen a los nuevos obreros de los años cincuenta hacia la militancia en el PSUC. Ver: PARTIT SOCIALISTA UNIFICAT DE CATALUNYA, “Informe acerca de los estatutos del partido y los problemas de organización”, París, octubre 1956. Congresos, caja 3, *Fons PSUC*. Arxiu Nacional de Catalunya (ANC).

^{17[17]} AHCCOOC, “Entrevista a Ángel Rozas Serrano”, Barcelona, 1996. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC.

percepción del tiempo hasta los códigos de conducta, y obliga a reelaborarlos en un nuevo sentido común^{18[18]} que rige las acciones de los trabajadores en términos de clase. Esta recategorización de la realidad que experimentan los sujetos al entrar en contradicción lo que se vive con lo que se piensa, se hará a partir de los materiales que el trabajador encuentre más próximos, y de aquí la importancia de los contextos culturales, que explican la formación de tradiciones y identidades diferenciadas en realidades similares^{19[19]}, provengan estos de un acervo cultural común de clase o sean de nueva creación adaptadas a las circunstancias.

Pero si hay un momento clave en este proceso de creación de nuevas identidades en el espacio-fábrica, lo encontraremos en el momento del conflicto. Y eso porque tal como nos explica un testimonio: *“En el conflicto. En el conflicto nos vimos todas las caras”*^{20[20]}; o, expresado en palabras de un historiador que se enfrentaba con problemas analíticos similares a los que nos referimos aquí, *“A menudo, una forma de descubrir normas tácitas es examinar los episodios o situaciones atípicos. Un motín da luz sobre las normas de los años tranquilos, y una repentina infracción de la deferencia nos permite entender mejor los hábitos de deferencia que han sido infringidos.”*^{21[21]}

El análisis del conflicto disruptivo, es decir cuando este aún no está normalizado en las relaciones laborales, nos permite descubrir realidades ocultas, pero también es un observatorio privilegiado para ver cómo se transforman las actitudes, valores y identidades de los trabajadores. Es un espacio donde el tiempo del trabajo pasa ser el tiempo de la acción colectiva, del debate y del replanteamiento de las actitudes anteriores. Las normas de conducta cambian y las opciones tomadas marcan un antes y un después en las biografías obreras individuales y colectivas bajo el franquismo, cuando el conflicto era un

^{18[18]} Aquí utilizamos la acepción gramsciana de sentido común. Ver: Antonio GRAMSCI, *El materialismo histórico i la filosofía de Croce*. Barcelona, Laia, 1983, pp. 35 – 57.

^{19[19]} Así en el caso del movimiento obrero bajo el franquismo se puede hablar de verdaderas culturas locales y comarcas diferentes, como la que se desarrolla en el Baix Llobregat y la de Terrassa, para coger dos ejemplos extremos, que sólo se explican por este proceso.

^{20[20]} AHCCOOC, “Entrevista Teresa Buigues Poveda”, Granollers, 1999. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC. Traducido del catalán.

^{21[21]} E.P. THOMPSON, *Historia y antropología*, pág. 22, en E.P. THOMPSON, *Agenda para una historia radical*. Barcelona, Crítica, 2000.

fenómeno claramente disruptivo. Y si, anteriormente, ya hemos podido observar cómo en este espacio la transmisión de códigos de actitud se acelera de forma conflictiva entre las viejas y las nuevas generaciones, lo mismo pasa en contextos donde la presencia de la vieja cultura de clase se encuentra ausente y las plantillas están formadas mayoritariamente por jóvenes sin experiencias de conflicto anterior:

“El jefe que era italiano, vino de Italia a conocerme, pues claro “¡qué coño pasa aquí que un criajo de dieciocho años esté tirando la puta empresa a tomar por el culo!” y además recuerdo de que, cosas muy majas, por que las oficinas estaban arriba, pero el control del taller era una cosa cuadrada, enorme, grande lógicamente y en el centro había una especie de garita de cristal, donde estaban los encargados, que era todo cristal, con lo cual veían todo lo que, y claro el tío fue llamando a toda la gente, a toda la gente, “por que habían hecho la huelga”, no, empezaba el tío, yo pues “no se yo” pues “quien fue el primero que dijo de hacer huelga”, “no se, todos”, “cómo que todos”, claro y el último me dejó a mi, me metió, estaba toda la gente trabajando, era un día normal ya había acabado la huelga, me metí dentro de la garita, el tío bueno me dice, tal y cual, y en eso que mira al lado, empezamos a mirar alrededor y toda la gente empieza a quedarse parada, “pam, pam, pam, pam” toda la fábrica parada salvo el taller, y me hecha contra la pared y me dice, - “bueno que es esto”-, si, si, fue una cosa fantástica, no por que no había estado programado en absoluto, por que la gente empezó a hostia, a éste lo van a sacar ahora, no, entonces la gente empezó todo el mundo a pararse, pam, pam, pam, pam y vaya no le dieron ganas de preguntar, quien había montado la huelga, ni quien es aquí el que lió el follón, y tal, “no hace falta que me digas nada más.”^{22[22]}

Y es en este proceso que se tiene que observar, des de una mirada micro, como conceptos como solidaridad, dignidad, ayuda, cobran un nuevo sentido en la formación de una identidad obrera. Aparecen nuevos códigos y algunos viejos se reformulan. Códigos que no apelan a una racionalidad económica estricta, sino a una identidad compartida que guía las acciones de aquellos que forman parte de ella. A veces, además, estos códigos aparecen de

^{22[22]} AHCCOOC, “Entrevista a Manuel Navas Escribano”, Barcelona, 2000. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC.

forma sorprendente en contextos inesperados. Así, por ejemplo, si tomamos el caso de las huelgas asturianas de 1962, nos encontramos con el retorno de viejos símbolos de la identidad obrera que operan prácticamente en el terreno de las actitudes, más allá de la racionalidad económica individual:

“(...) Fue el 17 de mayo cuando íbamos a entrar en la fábrica a las ocho de la mañana en la parte de las porterías estaban llenas de maíz ¡estaban llenas de maíz!, entonces ya desde el primer momento que se vio el maíz, claro, la gente se dio cuenta que lo que estaban pidiendo era un paro en solidaridad con los mineros y no entramos a trabajar, mirábamos unos pa otros porque allí nadie se atrevía a decir esta boca es mía. (...) de principio hubo amenazas de que había que empezar a trabajar, nadie se atrevía a decir, preguntaban <<¿por qué está usted en paro?, ah pues no sé, me parece que es por el convenio>> (...) y todos, todos te decían lo mismo: no lo sé, no lo sé y no lo sé (...)”^{23[23]}

Pero lo sorprendente de este caso no es la permanencia de estos códigos-símbolo (en este caso el maíz que califica de gallina a aquel que pasa por encima suyo) que apelan a la identidad común por encima del problema concreto que se está viviendo, indicando cual es el comportamiento que se debe tomar si no se quiera traicionar la propia identidad, sino cómo estos aparecen en contextos que a priori no son los suyos. En las mismas huelgas de 1962, pero no en Asturias, sino en Barcelona donde el maíz nunca había estado presente en el conflicto obrero: *“En Olivetti arrancaron las mujeres la huelga porque había dudas en el momento clave y fueron las mujeres las que subieron a las plantas donde estaban las máquinas y echaron maíz a los hombres y así fue como se rompió la chispa.”^{24[24]}* . Fenómeno que nos habla de cómo la nueva clase obrera se rearma rápidamente, impulsada por la experiencia del conflicto de fábrica, de nuevos-viejos referentes (la clase obrera asturiana como mito fuerte del movimiento obrero), símbolos (el maíz) y códigos de conducta (la actuación ante una huelga de compañeros de la misma clase) que se extienden

^{23[23]} Testimonio recogido en Juan Carlos de la MADRID, “Cuarenta años de recuerdos”, pág. 356, en Rubén VEGA (coord.), *Las huelgas de 1962 en Asturias*. Gijón, Ediciones Trea, pp. 347 – 380.

^{24[24]} Entrevista a Ángel Rozas Serrano citada en Soledad GARCÍA, “El movimiento obrero de nuevo”, pág. 61, en VVAA, *Nuestra Utopía. PSUC. Cincuenta años de historia de Cataluña*. Barcelona, Planeta, 1986, pp. 53 – 62.

por toda la geografía peninsular a una velocidad sorprendente, imposible si no es gracias a las herramientas propias de la sociedad de masas (en este caso más que probablemente: Radio España Independiente).

A pesar de la importancia que adquiere el estudio de la fábrica, como principal centro de socialización y creación de los nuevos valores y actitudes, la aproximación a la identidad obrera bajo el franquismo no debe menospreciar la investigación en el espacio vivencial de la nueva clase obrera. La creación de los nuevos suburbios urbanos bajo el franquismo, alejados en un primer momento de la cultura de masas y de la acción de un estado que no intervenía en ellos, a diferencia del proceso europeo del que nos habla Hobsbawn^{25[25]}, conllevó la creación de redes de supervivencia propias que tuvieron una gran importancia en la articulación de una identidad autónoma. De hecho, si en un primer momento estos suburbios eran poco menos que un agregado de personas con identidades de origen diversas, pero unas condiciones de clase homogéneas, lo que no se daba en sus pueblos de partida, con el paso del tiempo la creación de nuevas redes sociales conllevó el surgimiento de fuertes identidades de barrio. En un proceso donde *“las relaciones se empiezan hacer en los bares que se hacían en la parte de delante de la casa (...) otras eran en el típico partido de fútbol que utilizábamos para entrevistarnos políticamente. Allí entrábamos en contacto (...) La AAVV participa en la asociación de padres, crea el servicio médico, el fútbol, etc., nada ha venido de fuera, ha sido creado por las personas que hemos vivido aquí.”*^{26[26]}. Y es en la misma creación de estas redes, y en sus centros nodales, donde se genera una identidad de comunidad solidaria, que sólo con la ayuda mutua y a partir de la cultura de la protesta consigue mejorar sus condiciones de vida colectivas; obrera, por su condición de clase y por su participación en la amplificación y cobertura del conflicto de fábrica; y oprimida por la desigualdad y la discriminación que su misma existencia prueba^{27[27]}.

^{25[25]} E.J. HOBSBAWN, *Política para una izquierda racional*. Barcelona, Crítica, 1993, p. 151.

^{26[26]} AHCCOOC, “Entrevista a Francisco Morales”, Sabadell, 2000. *Proyecto de biografías obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)*. AHCCOOC.

^{27[27]} Para el análisis de un caso de formación de este tipo de identidad de barrio como identidad obrera: Xavier DOMÈNECH, *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell (1966 – 1976)*. Barcelona, Abadia de Montserrat, 2002, pp. 45 – 55 y 137 – 151.

Sí bien sólo el análisis concreto del surgimiento de estas redes nos puede dar una visión clara de la formación de las nuevas identidades, la expresión de los medios de articulación de éstas los encontraremos en las organizaciones obreras que se alimentaban de estas mismas redes, a la vez que les daban una forma determinada. Los espacios de socialización y elaboración de estas nuevas identidades los encontramos en los tramados comunicativos de estos barrios (los boletines de barrio, las revistas, etc.), en las asociaciones de vecinos, en las organizaciones católicas que, como la JOC y la HOAC, relejeron el cristianismo desde una perspectiva de clase y en las organizaciones políticas obreras. Es más, este análisis deberá conllevar necesariamente una aproximación a las culturas políticas obreras ya sean éstas “durmientes” durante el franquismo como la socialista, pero con un gran potencial electoral posterior; de “militancia” como la comunista; o en constante evolución y transformación como la cristiana. No se debe menospreciar la potencialidad de las culturas políticas en los barrios obreros, suponiendo que éstas afectaban sólo a unas minorías, ya que estas minorías se encontraban presentes en los puntos nucleares de socialización y comunicación de la nueva clase obrera y su capacidad de influencia no era menor.

3. Agenda para el estudio de la identidad obrera:

Hasta aquí hemos intentado ofrecer diversas muestras, desiguales en su profundidad analítica, de aquello que consideramos que conforma la identidad obrera bajo el franquismo, dentro de los parámetros que hemos dado en la definición de la misma. Como se puede observar la aproximación a este sujeto de estudio es extremadamente difícil y siempre se mueve en una cierta inestabilidad a causa de la misma naturaleza de algo como la identidad, tan etéreo y tan real al mismo tiempo. Sólo la aproximación indirecta a las fuentes escritas, los estudios de caso y la utilización profusa de fuentes orales, debidamente decodificadas, puede acercarnos a una explicación de este fenómeno. Sintetizando los elementos que necesariamente se tienen que tener en cuenta para la investigación de este objeto, creemos que se deben abordar como mínimo los siguientes ítems de análisis:

A) *Identidades de origen:* Aquí el análisis tendrá que dilucidar que elementos de la cultura popular campesina pervivieron, transformándose, en la cultura obrera urbana.

Teniendo en cuenta que aquí no nos movemos en un terreno genérico, sino concreto. La cultura popular campesina, al igual que la cultura obrera, no es un ente abstracto, sino un conjunto de saberes, mitos y practicas que deben ser estudiadas específicamente según los lugares de procedencia de los trabajadores que son objeto del análisis.

- B) *B) Experiencias de socialización juveniles:* La importancia de las experiencias vividas en el momento en que se forman las imágenes del mundo, y del lugar que uno ocupa en él, implica la necesidad de abordarlas desde las fuentes orales, pero no únicamente a través de ellas, para establecer cuales son significativas en términos intersubjetivos y en la formación de la cultura de clase posterior.
- C) *C) Transmisión del acervo cultural de clase:* En este caso se tratara de establecer que tipo de relación se estableció entre la vieja y la nueva clase obrera, hasta que punto hubo contactos relevantes y cómo éstos conformaron la cultura de clase, distinguiendo entre la transmisión de saberes prácticos y la transmisión de saberes políticos. Esta aproximación no se puede hacer sólo por la mera comparación entre los dos momentos de la cultura de clase, sino a través del estudio del momento de la transmisión, ya que como hemos podido observar anteriormente es en este momento cuando elementos de la antigua cultura de clase también se encuentran presentes en la decisión no sólo de las continuidades, sino también de las rupturas.
- D) *D) Espacio-fábrica:* El análisis de la fábrica será uno de los momentos privilegiados de cualquier investigación. Allí se tendrán que entrever cómo se transforman las percepciones de la clase en su formación, los significados que dotan los nuevos conceptos, las conductas y los códigos de comportamiento. Y, en este contexto, se debe prestar especial atención a los momentos disruptivos (la primera huelga, un conflicto especialmente intenso, etc.) dónde se ponen en juego y se ven transformados todos estos elementos.
- E) *E) Espacio-barrio:* La importancia de la creación de nuevas redes relacionales en los suburbios obreros, dónde se refundieron las viejas identidades para dar a luz a una nueva identidad obrera de barrio, hace necesario el estudio de la forma concreta de establecimiento de las redes y la cultura comunitaria que se generó en su seno.
- F) *F) Estructuras organizativas de clase:* Es en este campo, en el campo de la articulación cultural, social y política, que se establece desde las entidades y

organizaciones obreras, dónde se podrá establecer la forma concreta que toman los nuevos discursos de clase y cómo estos son difundidos y operan en realidades prácticas.

Finalmente, y a manera de aviso para navegantes, se debe tener en cuenta que este tipo de investigaciones siempre se deben realizar desde la mirada atenta a realidades concretas. Sólo en éstas podremos establecer la relación entre todos estos factores y momentos de la identidad obrera y el peso específico que cada uno de ellos tiene realmente en la cultura obrera, a la vez que descubrir otros nuevos en un éter necesariamente más complejo de lo que hemos descrito aquí. Sólo así podremos evitar explicaciones unicasales que nos lleven a derivas culturalistas en la explicación del fenómeno obrero, como aquellas que han pretendido explicar el comportamiento de los trabajadores de la construcción a partir de su tradición anarquista propia del campesinado andaluz^{28[28]}, o bien que el hecho que la nueva clase obrera adquiriera pisos de compra y no de alquiler era debido al apego del antiguo proletariado rural a la cultura de la propiedad de la tierra^{29[29]}, y no a las políticas que el mismo franquismo realizó para que esto fuera así.

^{28[28]} Para una explicación de este tipo ver: Sebastián BALFOUR, *La dictadura, los trabajadores...*, pp. 139 – 140. Para una crítica de esta explicación: Xavier DOMÈNECH, *Quan el carrer...*, pp. 127 – 129.

^{29[29]} Ignasi RIERA, *Pàries, sindicalistes...*